

Un pequeño corte

Estuve ahí las siete horas que duró el parto de mi hijo. Lo vi entrar al mundo. Oí su primer grito. Sentí en mis dedos su primera respiración. Corté o más bien prensé el cordón umbilical, bien uniformado en un camisón azul de enfermero. Y con mi hijo ya en los brazos, aún pálido e hinchado y envuelto en una ligera frazada amarilla, lo miré como si estuviese mirando al hijo de alguien más. Un hijo cualquiera.

El sentimiento de maternidad es automático y primitivo, me dije a mí mismo, acaso para explicar o justificar mi ausencia inmediata de amor. Pero el sentimiento de paternidad, como escribió James Joyce en *Ulises*, es un misterio para el hombre. Es un estado místico, escribió, una sucesión apostólica, de único engendrador a único engendrado. En cualquier caso, yo no sentí ese estado místico o esa sucesión apostólica hasta el día siguiente, muy temprano en la ma-

ñana, cuando llegó la doctora para hacerle a mi hijo ahí mismo, en un cuarto del hospital de Nebraska, la circuncisión.

Fue la primera duda que me asaltó cuando vi el ultrasonido y supe que sería varón: circuncidar o no circuncidar. Leímos mucho. Lo discutimos entre nosotros. Lo hablamos con amigos, con familiares, con doctores y enfermeras. Un obstetra nos dijo, en tono casi evangélico, que él había circuncidado a su primogénito pero no a su segundo hijo, y que el segundo había sufrido por ello. Aunque no especificó cómo había sufrido, yo me imaginé plagas bíblicas y castigos divinos. Según los estudios, sin embargo, no hay ninguna evidencia de que la circuncisión evite infecciones (ni tampoco, me parece, plagas bíblicas y castigos divinos). Según otros estudios, sí hay evidencia de que la circuncisión disminuye el sentimiento de placer sexual en el hombre, algo que el rabino y filósofo medieval Maimónides ya había advertido hace casi un milenio, en su *Guía de descarriados*. Heródoto escribió que los antiguos egipcios circuncidaban por razones de higiene; aunque también existe la hipótesis de que los antiguos egipcios creyeran al hombre circuncidado meritorio de los secretos más esotéricos, de mitos y conjuros reservados sólo para iniciados. Los antiguos griegos, en cambio, valoraban el prepucio. Al igual que los antiguos romanos, quie-

nes hasta lo protegían por ley. Desde el pacto de Abraham con Dios, los judíos son judíos debido a la circuncisión —la falta de prepucio, como sabían los nazis, es parte de nuestra identidad—, pero me sorprendió leer que no todos los judíos la han practicado. Moisés, desobediente, no quiso circuncidar a sus hijos; el ritual de la circuncisión fue totalmente ignorado durante los cuarenta días en el desierto; y Theodor Herzl, el padre espiritual del Estado de Israel, decidió no circuncidar a su único hijo varón, Hans, nacido en 1891. Pero cuanto más estudiaba el tema, repasando los documentos históricos y científicos y religiosos, más pensaba en la primera vez que de niño vi un pene no circuncidado, el de un amigo, cuando nos duchábamos todos tras una clase de natación en el colegio. Recuerdo las risas y burlas despiadadas de mis demás compañeros, quienes desde ese día lo apodaron Batman.

La breve intervención en el hospital sólo duró unos minutos. Pero yo no pude ni verla. Me quedé fuera, de pie en el pasillo, oyendo su llanto, contemplando si entrar a la habitación y arrebatarle el bisturí a la doctora y gritarle que por favor dejara a mi hijo en paz.

Cualquiera que haya sido el razonamiento para circuncidarlo —tradicción, miedo, estética, higiene, evitar posibles infecciones o plagas bíblicas—, fuimos

nosotros, su madre y yo, quienes tomamos la decisión. Una decisión definitiva, irreversible. Y ahí, de pie y solo en la frialdad blanca del pasillo, finalmente empecé a sentir el peso de ser padre. Por primera vez había decidido yo como padre. Había pronunciado mi primer mandamiento como padre. Y entendí, de una manera categórica o aun mística, que el pene de mi hijo, a partir de ese momento, ya no era suyo.